

EL PARNASO

PARAGUAYO

1ª Edición

ASUNCIÓN

1911

Manuel Fleytas Dominguez

EL PARNASO

PARAGUAYO

1ª Edición

ASUNCIÓN

1911

UNA ACLARACIÓN

Verdaderamente no es una colección completa de todo cuanto posee el Parnaso Nacional, sino, sencillamente, una esmerada selección de las producciones más notables, en carácter patriótico, de nuestros mejores vates, como muy bien dijo un órgano local al referirse á la próxima aparición de esta obra:

*«Contendrá las producciones de nuestros
« más conocidos poetas, y con especialidad,
« las mejores composiciones de carácter patrió-
« tico, tan propias para despertar y fortalecer
« en la niñez el amor á la patria y el re-
« cuerdo de los héroes que ilustraron su nom-
« bre luchando por su independencia y por el
« honor de su bandera.»*

Es la ambición y el firme propósito que me han guiado este trabajo, con el deseo de contribuir en algo á la educación nacional.

Asunción, 1911

HIMNO

Paraguayos! corred á la gloria
Y colmad vuestra patria de honor,
Inscribiendo al luchar, en la historia,
Nuevos timbres de noble valor.

El feroz y cobarde enemigo
Que cien veces tembló á nuestra vista
Viene audaz á buscar la conquista
De la tierra que el cielo nos dió;
Ya sus pasos resuenan confusos
Ya se escucha salvaje alarido:
Paraguayos! el suelo querido
El infame agresor profanó.

Del vivac donde cuenta sus glorias
Esforzado y valiente guerrero,
Y dó aguza constante el acero
Contra el vil y perverso invasor,
¿No observais al contrario insolente?
¿No mirais ya sus tiendas plantadas?
¡Extinguid sus feroces mesnadas
De las armas al rudo fragor!

Al tañido marcial, del clarín
Y al clamor de la guerra horrorosa
Se levanta gigante y hermosa
La bandera de fuerza y unión;
Dulcé emblema de gloria y poder,
Que dió patria y honor á esta tierra;
En la lucha, en la lid, en la guerra
Invencibles te ostentas, León.

Este suelo inocente y hermoso
Que al gran río le debe su nombre,
Es la tierra gloriosa en que el hombre
Con su sangre se dió libertad:
Aquí alzó la justicia su trono
Levantando su espada iracunda:
Aquí el siervo la infame coyunda
En coronas trocó de igualdad.

De la patria los templos y altares,
Si es forzoso, con sangre reguemos;
Y en sus aras de hinojos juremos
¡Morir antes que esclavos vivir!
Desplegada en los aires se mira
De los libres la hermosa bandera
Sus colores mostrando altanera
Del rubí, del diamante y zafir.

Á LA PATRIA

Oh! patria paraguaya, modelo de bravura,
Modelo de desgracias, modelo de virtud,
Oh! patria paraguaya que estás á tanta altura,
Que apenas nuestro acento llega hasta tí, ¡salud!

No cantan nuestros labios en este magno día
Tus glorias legendarias, tu antigua magestad;
Nuestro filial cariño más invocar quería
Tu bienestar ansiado, tu ansiada libertad.

Por eso se sublevan contra las mil pasiones
Que anhelan egoistas aniquilar tu ser,
Nuestros, por doble causa, sagrados corazones
Por pechos infantiles, por pechos de mujer.

Por eso al par cantamos por tributar la palma
A todo ciudadano patriótico y viril,
Pues es tributo doble el que le dá nuestra alma
Que es alma femenina y al par es infantil.

Oh! patria, aunque inocentes tu pena comprendemos
Al ver entre tus hijos el odio y el error,
Porque nosotras mismas á nuestros padres vemos
Llorando nuestras faltas con íntimo dolor.

Si en nuestro hogar miramos rugarse el rostro augusto
De nuestras buenas madres y blanquear su sien
¿No es una inmensa arruga el debatir adusto
Del mal entre tus hijos sobre tu faz también?

Oh! patria, de rodillas nosotras te rendimos
El íntimo tributo de puro amor sin par
Que todos te debieran, y á un tiempo á Dios pedimos
Te dé tu merecido perfecto bienestar.

Que libres y gozosos todos por tí laboren
Con el trabajo honesto, la emulación feliz,
Las únicas diademas con que tu sien decoren
Sean el laurel pacífico, la honrosa cicatriz.

Que el sacrificio sea no el tuyo madre santa,
Que sea el de tus hijos, que sea por tu honor
Que al fin eres la madre que á todos amamanta
Y al vivo como al muerto cobijas con amor.

No más estés herida, no más crucificada
Por los que hijos tuyos se llaman sin pudor,
Y ante tus pies contemples la frente prosternada
De hinojos cual nosotras, con verdadero amor.

Exige ya á tus hijos los múltiples extremos
Que debe hacia su madre quienquier que no es ruin
Sé grande cual mereces, feliz como queremos
Gloriosa como siempre, dueña de tí sin fin.

LA MUJER PARAGUAYA

- FRAGMENTO

Al doctor don Manuel Dominguez

Nació como el dulcísimo gorgojo
De la avecilla que en la selva canta,
Como surgiera Venus del Egeo,
Como la luna surge y se levanta.

Para sus ojos fúlgidos y bellos,
Focos de amor del corazón salvaje,
Le dió el rocío matinal destellos,
Y el negro *ybapurú* le dió ropage.

Y cuando el eco del cañón hispano
Rugió en el monte y resonó en el valle,
A la sombra del árbol más lozano
Lució su esbelto, su flexible talle.

Allí donde en eterna primavera
Compitó de la grama con la alfombra,
La plácida y tupida enredadera
Que en la siesta estival le dió su sombra,

Paloma de Noé, nuncio de vida,
Mensagera gentil de la natura
Hada bella y sin par diosa caída,
Por vez primer vió el godó su hermosura.

Su negra y abundante cabellera
Regó piadosa el agua del bautismo,
Así la vírgen del *yacy* hechicera
Aprendió la virtud del cristianismo.

Ella arrulló en su seno que ciñera
La negra pluma del *ñandú* brillante,
A los hijos del godó, en la ladera
Del verde Tacumbú, con voz amante.

Por ella, en fin, del bosque en la espesura,
Al paraguayó, orgullo de la historia,
La sangre de Guarán le dió bravura,
La sangre de Pelayo le dió gloria.

También cuando ya el joven y el anciano,
El hijo y el hermano y el esposo,
Cayeron para siempre. . . . v en el llano
Reinó de los sepulcros el reposo.

Ella emprendió la vuelta, con el pecho
Por las patrias nostalgias oprimidos,
Y en vano escudriñó en su hogar deshecho
El antiguo lugar del ser querido.

En vano su mirada por doquiera
Fijó en demanda de vital consuelo. . .
¡Todo lo devoró la inmensa hoguera
De confín á confín en este suelo!

Nadie la consoló. . . . solo se oía
La voz del *urutáu* en la espesura,
Y solo á sus lamentos respondía
Con cansado rumor la fuente pura.

En vez del generoso castellano
Que pidiera su amor, puesto de hinojos,
Sólo la afrenta cruel del inhumano
Y altanero invasor, vieron sus ojos.

Y en la orilla otra vez del patrio río,
De sus labios cayó gota por gota,
Acerbo pero fúlgido, el rocío
De la leyenda de una patria rota.

Ella puso en el ánimo sencilla
Del hijo de esta patria, todo el duelo
De un lustro de grandezas sin mancilla,
De un lustro de desgracias sin consuelo.

Es esa la mujer que nadie imita!
Es esa la mujer que todos aman!
A su presencia el corazón palpita,
Porque entusiasmo y decisión le inflaman.

Dulce canción que del hogar emana,
Aura vital que mece nuestra cuna,
Es ella nuestra madre ó nuestra hermana,
Es ella nuestro amor, nuestra fortuna.

Es todo corazón, ternura y gracia;
Arca fiel de virtudes guardadora;
Fulge igual en la dicha y la desgracias;
En el ocaso es luz, sol en la aurora.

EL HEROE COMPLETO

A Pedro Juan Caballero

En el combate y el cuartel tu mano
Al patrio sol de Mayo le dió vida
Tu fortaleza, en la prisión, herida
Dejó á la torpe furia del tirano.

Hízote así tu fuerza de espartano,
A tu virtud de ciudadano unida,
En vida un semidios, aunque suicida,
Y en la muerte un Catón, aunque cristiano.

Y llegastes á ser por este modo,
Con igual, indomable resistencia
En el brazo y la fé, gigante en todo,

Para ejemplo inmortal de las edades,
El héroe de la patria independencia
Y el Mártir de las patrias libertadas.

SI VIS PACEM PARABELLUM

Si quieres la paz, declárate la guerra

¡Abajo, ya, esa máxima que impera!
Pueblo que quieres paz indefinida,
Enseñando la máquina homicida
Cual su sangrienta garra la pantera.

Quede, echada al crisol, tu arma guerrera,
En reja del arado convertida,
Y vuelve á las labores de la vida
De esa inquietud constante que te altera.

Busca la paz al fin; al fin aprende
Que el hacha al árbol por su flor respeta
Y en cambio el tronco por su fuerza hiende.

Nada al furor del tigre te someta.
Aprende á ser león: nadie le ofende,
Que en el valor es rey..... y á nadie reta.

EL HEROE DE CURUPAYTY

GENERAL JOSÉ E. DÍAZ

I

Guerrero incomparable del paraguayano suelo
que por blasón ostentas de honor, Curupayty,
como el diamante inmenso en que cuajó la gloria
sobre el regazo vírgen de América feliz.

La sangre paraguaya que corre por mis venas
me ordena en este día con imperiosa voz,
que, con mi patria coro, para cantar tu nombre
te ofrezca lo más grande que guarda el corazón.

Pero tu gloria es tanta que el alma desfallece
al ver que necesita para elevarse á ti
la clava que heredaste del Hércules heleno
y el arpa de un Homero con esa clava herir.

Por eso con orgullo mi frente levantara
si con la estrofa trémula pudiera aprisionar
un replandor siquiera de la explosión de luces
que vierte por doquiera tu gloria singular....

Tu gloria que es la estrella que consteló en el cielo
deshecho en tempestades de la pasada lid,
llevando en torno suyo, para reinar en torno,
la exhuberante lumbre de paladines mil.

II

La raza en cuyo seno la flor de sus virtudes
la esencia de su savia pusieron otras dos,
la patria altiva raza, cuyo valor sublime
la humanidad absorta contigo alzarse vió.

Cernió para tus venas los glóbulos de oro
de esa su sangre ardiente que el mundo vió surgir
al golpe del acero del héroe castellano
sobre la palma esbelta del suelo guaraní.

Y así, despues de siglos — pues ella en otros tiempos
Gigante de las Indias para la historia fué, —
tan sólo fué gigante cuando empuñaste heroico
la enmohecida espada de su genial poder.

Por eso cuando *«¡ellos! mis bravos paraguayos!»*
exclamas y tus bravos semejan á tu voz,
las gigantescas nubes preñadas de tormentas,
que en ímpetus soberbios, arrastra el aquilón,

Cuando la mente corre de admiración opresa
hasta la enseña patria donde tu siglo está
y allí sobre el contrario fulminas la derrota,
cual fulminara Jove la muerte del Titán,

Las frentes abrumadas al peso de tu gloria
saludan en los lampos de tu inmortal valor,
las cumbres del heroísmo que nadie ha superado:
los Andes de la historia del mundo de Colón.

EL URUTAÚ (1)

Se va borrando en las lejanas lindes
La tinta escasa de rojiza lumbre
Y el valle, el monte y la empinada cumbre
En la negrura se sumergen ya;
Vapores tibios de la tierra suben
Que en alas corren del ambiente flébil
Y la natura como un cuerpo débil
En un marasmó sucumbiendo va.

Luego á las hojas el silencio aduerme,
Apaga el eco postrimer del día
Y el mundo yace en la mudez sombría
De honda tristura modorrado el ser.
De pronto hiende la tupida selva
Plañido helante, prolongado, intenso
Que se propaga en el sombraje denso
Y el sueño turba con pavor doquier.

Es el doliente *Urutaú* que vela,
Y en sus desvelos sus angustias llora...
Quizá al silencio de la noche implora
Algún favor de calma y lunidad!
Y solloza, solloza en la tiniebla
Extremeciendo el silo del bosque...
La lobreguez tan solo en su lenguaje
Le responde en la muerta soledad!

Proscrito enfermo de la luz del día
En la negrura busca oculto asilo,
Nidos de sombra do llorar tranquilo
El martirio cruel de su dolor;
Y allí levanta en las calladas horas
Aterido lamento de amargura
Que semeja de ignota sepultura
En dormido desierto, exhalación.

Pálido espectro de una vida enferma
Siempre acosada por aciaga suerte,
Tal vez claman sus gritos por la muerte
En su lento y eterno agonizar;
Pero á sus voces ni la muerté acude...
Ni una lágrima rueda vulneraria
Que humedezca en la urna cineraria
Del corazón, el polvo y sequedad.

) Es ave nocturna cuyo tristísimo canto se parece á un lamento de mujer. De día duerme con los ojos abiertos y el cuello estirado siguiendo el curso del Sol.

En el cáliz tráfiso de su pecho,
Con sed de hienas el dolor impio
Sorbó su sangre, agotó su brío,
La fuente de su vida va á secar.
Hieren sus fauces como cuerda rota
Los secos ayes que á deshora exhala
Y su queja parece que resbala
Como errabunda nota sepuleral.

¡Oh! ave solitaria de la noche!
Oyendo tu tristísimo lamento,
Se agolpan en mí fébril pensamiento
Los ingratos recuerdos de otra edad.
Sí; yo escucho en tu acento lastimero
El duelo inmenso de la patria mía;
El eco de los ayes de agonía.
Gemidos y congojas de orfanfad....!

En el vaso de tu alma sensitiva
Tú trasvertiste todos los dolores
Y condensaste en él los amargores,
A expensas tuya, con tu propia hiel.
Y arrojaste impasible el corazón
En el crisol intenso del martirio...
Hay en tu voz tribulación, delirio,
Clamoroso lamento de mujer.

Tú penetraste en el hogar desierto
A llorar con mi madre y mis hermanas,
Con niños, con inválidas ancianas
Abandonadas para siempre ya;
Y les seguiste en el sendero incierto
De aquella infanda proscripción maldita,
Que de la sombra paternal, bendita,
Cruelmente les privara, en su heredad.

Cuando el sol aparece en el oriente
Y levanta su isalvel la natura,
El doliente cantor de la negrura
Enmudece sus fauces á la luz.
Cae en desmayo ...cual rígido cadáver.
Entre la fronda humedecida yace...
El astro los aljófares deshace
Sobre su frente en irisado tul.

Sus pupilas abiertas y dormidas
Como sedientas de la luz quemante,
Tiene fijas al disco deslumbrante
Que marcha lentamente hacia el Zenit;
Y en su sueño de muerte modorrado
Del astro sigue el insensible paso
Hasta los lindes del ignoto ocaso
Dó entre cárdenas nubes vá á morir.

Se hunde por fin; y la postrera lumbre
Desparece sorbida en la negrura,
Imprégnase el silencio en la espesura
Vuelve á llorar el triste *Urutaú*;
Las hojas mustias del dormido bosque
Repiten el acento plañidero
Y el eco se propaga lastimero
A intervalo diciendo: *luz...! luz...! luz.*

Llora, llora en tu selva solitaria,
Sobre el sepulcro de mis padres llora;
Tú enjugaste sus lágrimas en otrora
Y eres custodio de sus tumbas hoy.
Yo te acompaño: en mi vivienda oscura,
Cual tú en la selva, velo zozobrando
Y en mi zozobra, como tú, llorando
La triste suerte de mi patria estoy.

EL MAESTRO

A mis amigos graduados

En el retiro de la pobre ermita,
Albergue santo de inocentes almas,
Está el maestro redimiendo niños,
De los dominios de la sombra ignara.

De su frente inspirada por la ciencia
Brotó una luz de sempiterna llama,
Cuyo destello fúlgido, sereno,
Es luminar de la conciencia humana.

Sus labios encendidos por el verbo
La eterna fé de la verdad proclaman,
Única estrella que á seguro puerto
Conducirá la redentora barca.

No es su misión la del guerrero álvivo
Que en la defensa de una causa justa,
Derrama sangre por doquier y llanto,
Y á esposa y madre de dolor enluta.

Ni la del sacerdote, que invocando
A Dios en templos diferentes y aras,
Con odio insano y egoísmo ciego
Divide en sectas á su noble raza

Su misión es más santa, más humana
Y se armoniza en el social concierto:
Enseñar la verdad con la palabra;
Enseñar la virtud con el ejemplo.

Y cumple su sagrado ministerio
Sin ensañarse en fratricidos lances:
La razón, la conciencia son su escudo
Y la verdad su gladio de combate.

Busca afanoso, sin rencor ni agravio,
El triunfo del bien y la justicia:
Amar la humanidad, buscar la dicha,
Son las virtudes que á la infancia inspira.

No ocupa, no, la trípede procera
En que el sabio sorprende los secretos;
Pero su voz infunde cariñosa,
Vibraciones de luz en el cerebro.

Dicta el saber, su código severo,
Con paradigmas al olvido extraños,
Para formar de cada niño un hombre,
De cada hombre un patriota ciudadano.

Padre de la niñez, no cede todo
El pan de sus cariños á sus hijos,
Y lo que niega en el hogar amado,
Reparte por igual entre sus niños

Cuando resplande el sol en el oriente,
Con la campana alegre que vocea,
Entona con sus niños dulce canto,
Saludando el trabajo á que se entrega.

En la tarde á la hora del descanso,
Es el último obrero que se aleja,
Y es el último padre cariñoso
Que á los umbrales de su hogar se acerca.

Cuando el mundo opulento se solaza
En hirvientes placeres de la vida;
Cuando el labriego mísero repara
En apacible sueño su fatiga,

El maestro, custodio de la infancia
Que duerme con los célicos querubés,
Pasa sus largas horas de vigilia
Del pobre albergue á la oscilante lumbre.

Es que prepara con afán prolijo
El sustento de luz para las almas,
Que acudirán, como sedientas aves,
Al sonreír la fúlgida mañana.

Es que elabora un fuego inextinguible
Y en el crisol de su cerebro atiza,
Para quemar su venda á la ignorancia,
Para incendiar su templo á la mentira.

El partirá los ejes carcomidos
De instituciones que el error plantara,
Fundiendo otra armazón en que los pueblos,
Vivan sin odio, sin cañón, ni espada.

El labrará la piedra en que descansa
El templo de igualdad y de concordia,
De universal y armónica grandeza,
Como jamás atestiguó la historia.

.....
.....
.....
.....

eli

Cuando cumpliendo su misión hermosa
Sucumbe con honor en la batalla,
No pide al mundo recompensa alguna:
Una oración de la niñez le basta.

Una oración que el corazón sincero
Sobre la piedra de su tumba esparce,
Recogiendo su nombre con cariño,
Ya que á esculpirlo se negará el arte.

Es la corona humilde del maestro,
El ignorado mártir de la historia,
El apóstol sin nombre de la ciencia
Que cruza el mundo sin afán de gloria.

CANTO A LA ESCUELA

(FRAGMENTO)

Sereno y con la frente descubierta
Deténgome en tu puerta
Bienhechora mansión de la niñez,
Mezclando con el coro de tus niños
Mis acentos de cariños
Aunque perdí mi dulce candidez.

Nuevo cauce de fuente redentora,
Del Jordán, bullidora
La linfa se derrama en tu heredad,
Donde acuden las almas inocentes
A recibir sonrientes,
El bautismo del bien y la verdad.

Cuando resplandece el Sol de la mañana
Vocea tu campana
Llamando á los obreros pequeñuelos,
Y vienen al trabajo sin quebranto
Entonándole un canto
Que resuena en el coro de los cielos.

Son tus hijos los hombres inmortales:
Que pisó tus umbrales
Lleva en su frente un rayo de tu luz,
Cual llevamos del santo Cristianismo
Trazada en el bautismo
La señal veneranda de la cruz.

El que siguiendo el vuelo de los astros
Los encendidos rastros
Señalas con proféticos guarismos;
El que se interna con afán profundo
En el oculto mundo
A observar invisibles organismos;

El due del mármol en los fríos poros
A los golpes, sonoros
Del buril enciende sentimiento y alma;
El que en la lid candente de la idea
El pabellón flamea
Batiendo airoso la gallarda palma;

Quien sucumbe en la lucha soberana
Por la conciencia humana
Tras sí dejando luminosa estela...
Todos, todos, en fin, los que alcanzaron
Fama ó gloria, pasaron
Por la modesta sombra de una escuela.

¡Qué desgraciado el que en la vida incierta
No se acercó á tu puerta,
Cariñosa mansión alguna vez!
Alma infeliz que para el bien nacida
Vaga sin luz, perdida
En el limbo de eterna lobreguez!

Con el fulgor rosado del levante
La humanidad infante
Se inclina ante la ciencia soberana,
Ofreciendo su canto en dulce coro,
Y entre juegos y lloro
Espera allí su juvenil mañana.

Van los niños cual aves trinadoras,
En las tempranas horas
Al asilo de luz del pensamiento
Luego, ensayan sus alas, se levantan
Y ávidas se lanzan
A cruzar el azul del firmamento.

.....
.....
.....
.....

PATRIA

Patria! nombre querido que en mis labios
Vibras con la expresión de una plegaria,
Y enciendes en mi pecho el entusiasmo,
Y conmueves de amor toda mi alma!

Patria! jardín ameno, do he pasado.
Las placenteras horas de la infancia,
Donde aprendí el lenguaje que el patriota
Articula en las horas de desgracia;

Patria! diosa querida de mi culto,
Compendio de mi amor y mi esperanza;
Cuna del patriotismo y la hidalguía,
Polonia de la tierra americana!

Yo, el más humilde de tus hijos todos
La mente ante tu altar iluminada,
Vengo como un creyente, y orgulloso
Depongo estas mis flores á tus plantas.

Bien quisiera arrancar de tus vergeles,
Todas las más hermosas y preciadas,
Y dignas de tu frente y de tu gloria,
Tejerte inmarcesible una guirnalda.

Oh! quien pudiera en cadenciosa estrofa
Copiar toda la luz de tus mañanas!
Reflejar de tu cielo la tersura,
O imitar el rumor de tus cascadas!

Escalar esa cumbre inaccesible
De tus bellas, graníticas montañas;
Y casi junto al cielo, henchido el pecho,
Envolverte en un golpe en la mirada!

Reflejar todo el fuego que tus hijas
Llevan como un volcán dentro del alma,
De tus hijas que un día renovaron,
La gloria de las madres espartanas!

De esa mujer que dentro el pecho encierra,
Un corazón que la bondad proclama;
Y que en los días que la patria gime,
Sabe morir como el deber lo manda.

De esa mujer que el maternal cariño
Ahoga dentro el pecho resignada;
Para decir, como Cornelia al hijo
Al partir para el campo de batalla:

Adios, hijo querido! á los combates
Marcha pues que la patria lo reclama,
Más no vuelvas á mi si es que tu frente
Ha quedado en la lucha maucillada!

De esa mujer cuyo modelo austero
En Juana de Arco nos exhibe Francia,
De las que tienes tantas, como astros
Atesora la bóveda estrellada.

Patria! visión constante de mi mente!
Rayo de luz que vivifica mi alma!
Quisiera ser gigante, y en mis brazos,
Tenerte para siempre aprisionada!

Aún me parece que indolente duermo
De tus boscajes bajo la ancha rama,
Y que mi sueño de inocencia velan
Las armonías que en sus senos vagan!

Aún me parece que en tus selvas oigo
El dulce canto de tus aves varias;
Y que la brisa que en tus vegas corre
Llegan de aromas, hasta mí cargadas,

Ah! cómo viven en mi mente fijas
Las impresiones de risueña infancia;
Grandes recuerdos que refrescan puras,
Las tristes horas de fatal nostalgia.

Todo se agolpa á mi memoria, todo:
Besos de brisas, músicas de alas,
La luz de tus auroras, tus vergeles,
Desencantos, amor, risas y lágrimas!

Cuántos recuerdos á mi mente afluyen!
La sangre por mis venas inflamada,
Te presenta á mi vista como otrora
De America, matrona soberana.

Más es todo ilusión, de tus grandezas
Sólo queda la lava amontonada!
La tempestad que te envolvió, furiosa,
Deshecho el mástil te dejó en la playa!

Y allí, en la soledad de la hecatombe,
Los brazos sobre el pecho abandonada,
Esperas como Lázaro el mensaje,
La voz potente que te diga: marcha!

Y esa voz sonará! Hay en tus venas
Savía de libertad que te agiganta,
Y en tus proscritos hijos amor patrio,
Y en América. patrias de tí hermanas.

Yérguete, ¡Patria mía! alza los ojos
Que en el oriente nueva luz irradia.
Y extendidos los brazos, te saludan
Los pueblos de la tierra americana.

Y ahora, tierra argentina, escucha un voto.
Voto sincero que te envía el alma,
Quisiera que tu azul, noble bandera,
Jamás se separase de esa hermana.

Y que en las nobles luchas de la idea
O entre el ronco fragor de las batallas
Sus franjas confundidas, simbolicen
La fraternal Unión americana.

A LOS PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA

Tarda, patria, en estallar,
Vibrando en alas del viento
El soberbio llamamiento
Que anuncie tu despertar.
Tres siglos viste pasar
A los pies de tu señora,
Cuya diestra vencedora
Unciera el yugo á tu frente,
Besando, niña inocente,
La injusta mano opresora.

Fuiste de un trono salvaje
La Princesa americana,
Y fueras regia sultana
En tu sólio de follaje;
Pero el rudo vasallaje
Con derecho del más fuerte,
Te dejó postrada, inerte,
Sin existencia en la historia
Ni esperanza por la gloria,
Durmiendo el sueño de muerte.

Tus hijos en propia tierra
Viven sin pan ni cabaña,
Van á sangrarse en la guerra;
El despotismo que aterra
Violó los fueros sagrados
Y si miran profanados,
Sin faltarles valentía,
Es que tienen, patria mía,
Los brazos encadenados.

Más, la noche de centurias
Que amortaja tu semblante
Y apaga en la sombra helante
Los ecos de tu penurias,
Se borrarán con las furias
De una encendida tormenta.
Cuya ráfaga violenta
Quebrantando el despotismo
Arrojará en el abismo
Donde el error se atormenta.

Ya la campana vocea
Con tañidos estridentes,
Y en manos de los valientes
Arde la inflamada tea!
De la ciudad á la aldea,
Toda la patria heredad,
Cunde con gran ansiedad
La vibración altanera,
Resonando hasta en la esfera
Voz de patria y libertad

¡Despierta, patria, despierta!
De súbito clama el bronce...
¡Patria! le responde entonces
El pueblo que espera alerta;
¡Patria! la noche desierta
En la montaña sombría,
Y cuando la luz del día
Te alumbró con regocijos,
Ya en los brazos de tus hijos
Despertaste, patria mía!

Tu diestra potente fueron
Gamarra, Yegros, Cabañas,
Cuyas heroicas hazañas
Nuevos senderos te abrieron
Con la sangre que vertieron
Del *Tacuary* en la corriente,
El laurel para tu frente
Regaron, Virgen Indiana,
Para honrarte soberana
Con tu diadema esplendente.

Cuando el Ibero león
De desgreñadas melenas
Vió romperse las cadenas
Eslabón por eslabón,
Tomando el regio pendón,
Con actitud altanera,
Alzó entre su zarpa fiera
En el alto capitolio...
E Iturbe bajó del solio
Al piés de vuertra bandera.

Y las patricias legiones
El regio estandarte hollando
Van á su paso humillando
Las heroicas tradiciones
Nueva estirpe de leones
Domina en la agreste playa
Y en pos del sol que desmaya
Detrás de la cumbre indiana,
Va orillando soberana
La bandera paraguaya.

Arde en santo patriotismo
El alma del pueblo fuerte
Y en polvo y ruina convierte
El trono del despotismo;
De llanos, montes y abismo,
A las puertas siderales,
Extrañas voces triunfales
Suben en alas del viento:
¡Salve del pueblo redento!
¡Himnos de glorias marciales!

Al patriota suicida, Pedro Juan Caballero

Patria y Dios, Dios y conciencia
Tribunal justo é inmutable,
En su fallo inexorable
Perdona tu delincuencia;
Testigo de la inclemencia
De tan infamante yugo,
Palma de mártir le plugo
Que la historia le ofreciera
Y que tu sangre tiñera
La frente de tu verdugo.

El fallo sobre tu acción
Lleva un desprecio profundo:
¡Cobardía! grita el mundo;
Impiedad! la religión;
Furia de enferma razón,
El dictámen de la ciencia;
Y la moral sin clemencia,
Llama verdugo al suicida....
¡Ni el déspota *patricida*
Sufre tan dura sentencia!

Hablen si fuiste demente
Las ideas redentoras
Que con fulgores de auroras
Germinaron en tu frente;
Hable el hispano valiente,
Que conserva tu memoria,
Si en desdoro de tu gloria
Puede llamarte verdugo,
Cuando quebrantaste el yugo
Sin dejar mancha en la historia.

Cuando triunfante el clarín
Sonó en las ruinas del trono
Y huyó la voz del encono
De todo el patrio confín,
Con torvo gesto Caín
Alza de pronto su mano,
Y en el pecho del hermano
Que igual sentimiento anida
Por esta patria querida,
Hunde el puñal del tirano.

Sombras de negra pavora
Cubren los patrios hogares
Y hasta los santos lugares
Va profanando el terror.
Helada por el dolor
Y acostumbrada al espanto,
El alma es cáliz sin llanto
Que ni se queja, ni llora,
Ni gime, acaso, ni implora
En su profundo quebranto.

Sediento de fieras sañas
El déspota acecha y vela,
Y hasta la madre recela
Del hijo de sus entrañas;
Ni las desiertas montañas
Tienen asilos seguros,
Solo en los antros oscuros
Del inmundo calabozo
Se escucha el hondo sollozo
Que vá á estrellarse en los muros.

Calla la voz anhelante
Con el dolor que desgarrar,
Y enmudece la guitarra
Compañera del amante.
Bajo el ceño amenazante
Duerme el odio, calla el verbo,
Y en el modorrar acerbo
En que yace el pueblo inerte,
Como un acento de muerte
Cruza la voz del protervo....!

Y tú, envuelto en tu cadena,
Varón cuyo temple ensalzo,
No quisiste en el cadalso
Cebarte con tu sangre hiena;
Siempre con alma serena,
Antes que hollar la picota
En bella página rota
Dejaste un nombre admirado:
Un héroe como soldado
Un mártir como patriota.

Mano que todo quebranta
Y al pueblo de afrentas llena,
Puso en tus pies la cadena
Y el dogal en tu garganta;
Doquier dirija su planta
Fueros y leyes en vano.....
Si huella todo lo humano
Lo divino viola en pos:
¡Que para ofender á Dios
Y al mundo, basta un tirano!

Patria y Dios, Dios y conciencia,
Tribunal inexorable,
No te condena culpable
Por arrancar tu existencia:
Testigo de la inclemencia
De aquel infame yugo,
Nombre de mártir le plugo
Que te diera eternamente,
Pues tú no fuiste demente
Ni cobarde, ni verdugo.

CERRO CORÁ

(A mi distinguido profesor Dr. Ignacio A. Pane)

¡Dulce Patria! no pensaba quebrantar las mil heridas
Que te abrieran, inhumanas, las batallas fratricidas,
Si lo hago es porque quiero, con mi lira destemplada
Tu grandeza recordar:

Como Grecia, como Roma, que eran reinas poderosas
Fuíste reina occidental;
Mas tu fama fué causa de las lides horrorosas
En los siglos sin igual!

Yo querría prestar tu eco funeral, ciprés umbrío,
Y elevar miles plegarias en aquel rincón sombrío,
Do entre huesos de leones llora triste urutaú
Al huir del cielo el sol.

Y las lágrimas del sauce, por regar siempre la tierra
Veneranda, del dolor,
Que mujeres, niños, héroes, fama, gloria, todo encierra
Como fúnebre mansión!

¡Oh! tu sabes cuanto te amo, cual te adoro, madre mía!
Y si canto tu grandeza es por llorar la guerra impía
Que sembrara solo cruces á través del largo trecho
De Humaitá á Cerro Corá:
Ese cerro, donde, ¡oh Patria! se elevara tu memoria,
Por los siglos, inmortal:
Y aunque allí en la lid perdiste, tienes reinos en la historia
Donde siempre vivirás!

EL REGAZO DE MAMA

Viento frío
Va soplando;
En el cielo
Solo hay nubes,
No calienta
Nada el sol;
Las plantitas
De mi huerto
Flores ni hojas
Tienen ya;
Yo solito
Tengo abrigo:
Los regazos
De mamá
!Pobre! pobre
Huerfanito!
Va desnudo
Tiritando,
Sobre hielos,
Entre espinas
Caminando
Sin llorar.
Nadie mira
Sus harapos,
Ni protege
Su orfandad;
Ya no tiene
Techo, sombra,
Pan, ni fuego
En el hogar;
!Ay! le faltan
Los cuidados,
Los regazos
De mamá

!Pobre, pobre
Pajarillo!
Cómo llora
En su prisión!
Ya no siente
Los suaves
Calorcitos
De su nido,
Ya no encuentra
Quien le arrulle,
Quien lo cubra
Con alitas
En el seno

Maternal!
Ya no Tiene
Los abrigos
Del regazo
De mamá

!Qué desgracia
La del niño!
Sin abrigo
En el invierno,
Sin amparo
En el peligro!
Ya cruzando
Por el mundo
Sin saber
A donde vá,
Esperando
En cada puerta
Que le arroje
Un duro pan,
Sin la sombra
Los refugios
Del regazo
De mamá!

Cuando llueve,
Cuando hiela,
Cuando algún
Peligro cerca,
Miro estando
En el umbral,
Yo, dejando
Mis juguetes,
Grito, corro,
Presuroso
Voy buscando
Mi pañal,
Y solícitos
Me envuelven,
Me acurrucan,
Chiquitito,
Los regazos
De mamá!

ADIOS (1)

A esta vieja casa

Aún estoy en tu seno, madre santa,
Aún respiro tu ambiente de progreso.
Y ya siento en el alma las torturas
De la ausencia sin fin, de enorme peso.

Aún tu lumbre ilumina mi sendero,
Aún escucho la voz del gran maestro,
Y ya en los mares del dolor intenso
El verbo calla, por cantar el astro.

Pero es fuerza partir... yo voy muy lejos
A batir el error con insistencia,
A levantar á ignaras muchedumbres
Hacia el sublime altar de la inocencia.

Más en mis horas de cruel martirio
Por la escabrosa senda de la gloria,
Como aurora de blancas mariposas,
Acudirá á mi mente tu memoria.

Entonces te veré, soberbia y grande
Fantásticas creencias derribando;
Contra lo absurdo, lo imponente y falso,
Con la razón y sin cesar luchando.

Te veré siempre en la región serena,
Con tu libro inmortal, la augusta ciencia,
Que funde en un crisol los corazones,
Y es amor, igualdad, independencia.

Te veré como siempre en mi delirio
La imagen soberana del Deseo,
De libertad, á ti, que el gran Sarmiento,
Cual viejo Esquilo, te hizo Prometeo

No atajarán tu catarata hirviente
De cristalinas aguas de la idea,
Los diques de dispersas religiones,
Porque en tus olas la verdad campea.

(1) Dedicada por su autor á Marcos A. González.

Eres la humanidad: en tu carrera,
Sepultas los errores del pasado,
La razón abre surco en tu cerebro,
Y es de tus campos el fecundo arado.

Y eres firme en tu puesto de combate
Con la ola del error, furiosa y loca;
Entre el rudo bramar del oleaje,
Te alzas como el titán sobre la roca.

¿Qué importa si te hieren con pujanza
Los buitres del rencor, del anatema?
Si llevas la conciencia por escudo,
La hermosa luz de la verdad por lema?

Enseña la conquista de los hombres,
Sublime sol del pensamiento humano,
Para el débil el fuerte, el pobre, el grande
Y ves en todos ellos, un hermano.

Y al que vive la muerte del pasado
Le dices, arrancándole la venda:
El «levántate y anda», como á Lázaro,
El Cristo de la bíblica leyenda.

Hoy larvas aún, mañana de tu seno
Volarán tus fulgentes mariposas,
A derramar el polvo de sus alas
Sobre las hojas de nacies rosas.

Entonces te veré más cariñosa
Y más grande halagando mis antojos.
Como una diosa juvenil soñada,
Con aureola de luz ante mis ojos.

Y volveré al combate más pujante.
Entre la sombra de tenaz pelea;
Pues lo más grande en la conciencia humana
Es el triunfo en la lucha por la idea.

SOMBRA

Sombra que cruzas por la mente mía
Cuando el pesar mi espíritu avasalla,
Tú eres la nota que en mi lira estalla,
Cual ronco trueno en tempestad bravía

¿Qué serás para mí, sombra querida?
Tu callada tristeza ¿qué me advierte?
En medio de mi vida ¿eres mi muerte?
O en medio de mi muerte ¿eres mi vida?

Cuantos contrastes en mi vida incierta,
Sombra que cruzas por la mente mía:
A veces lloro con la luz del día,
Y á veces río con la sombra muerta.

Sombra que pasas para mí cantando,
Sombra que pasas para mí gimiendo,
Como un alma dichosa, vas riendo,
Como un alma que sufre, vas llorando.

En las horas amargas de mi suerte.
Sombra que formas mi ignorada historia,
Me envuelves en los rayos de la gloria,
O me ciñes mortaja de la muerte?

Sea cualquiera mi modesta suerte
Siempre igual tú serás, sombra querida:
A veces has ser como la vida,
Y á veces has de ser como la muerte.

Eres la humanidad en tu carrera,
Sepultas los errores del pasado,
La razón abre surco en tu cerebro,
Y es de tus campos el fecundo arado.

Y eres firme en tu puesto de combate
Con la ola del error, furiosa y loca;
Entre el rudo bramar del oleaje,
Te alzas como el titán sobre la roca.

¿Qué importa si te hieren con pujanza
Los buitres del rencor, del anatema?
Si llevas la conciencia por escudo,
La hermosa luz de la verdad por lema?

Enseña la conquista de los hombres,
Sublime sol del pensamiento humano,
Para el débil el fuerte, el pobre, el grande
Y ves en todos ellos, un hermano.

Y al que vive la muerte del pasado
Le dices, arrancándole la venda:
El «levántate y anda», como á Lázaro,
El Cristo de la bíblica leyenda.

Hoy larvas aún, mañana de tu seno
Volarán tus fulgentes mariposas,
A derramar el polvo de sus alas
Sobre las hojas de nacientes rosas.

Entonces te veré más cariñosa
Y más grande halagando mis antojos,
Como una diosa juvenil soñada,
Con aureola de luz ante mis ojos.

Y volveré al combate más pujante,
Entre la sombra de tenaz pelea;
Pues lo más grande en la conciencia humana
Es el triunfo en la lucha por la idea.

SOMBRA

Sombra que cruzas por la mente mía
Cuando el pesar mi espíritu avasalla,
Tú eres la nota que en mi lira estalla,
Cual ronco trueno en tempestad bravía

¿Qué serás para mí, sombra querida?
Tu callada tristeza ¿qué me advierte?
En medio de mi vida ¿eres mi muerte?
O en medio de mi muerte ¿eres mi vida?

Cuantos contrastes en mi vida incierta,
Sombra que cruzas por la mente mía:
A veces lloro con la luz del día,
Y á veces río con la sombra muerta.

Sombra que pasas para mí cantando,
Sombra que pasas para mí gimiendo,
Como un alma dichosa, vas riendo,
Como un alma que sufre, vas llorando.

En las horas amargas de mi suerte.
Sombra que formas mi ignorada historia,
Me envuelves en los rayos de la gloria,
O me ciñes mortaja de la muerte?

Sea cualquiera mi modesta suerte
Siempre igual tú serás, sombra querida:
A veces has ser como la vida,
Y á veces has de ser como la muerte.

NEBLINA

I

Ahí ¡qué triste está la tarde!
La neblina lentamente
Como un húmedo sudario
Sobre la tierra desciende.

Todo calla. El aire frío
Que al pasar rosa mi frente,
Algo tiene en sus caricias
Tan helado que estremece.

¡Que triste es mirar al cielo
Turbio al través de esa lente!
Es un fondo impenetrable
Que pueblan sombras de muerte

El dolor que nos abruma,
El tedio que nos envuelve,
No tienen tintes tan fúnebres
Como esa extensión inerte.

Oh! si hay peso mas enorme
Que el que oprime nuestra mente,
Cuando en las horas de martirio
La conciencia nos remuerde,

Es el peso de ese cielo
Donde todo se adormece,
Como lápida inmensa
Que sobre el mundo se extiende;

Donde las nubes inmóviles,
Con su mutismo solemne,
Semejan mudos guardianes
Del infinito que duerme!

MI INFANCIA

Cuán bellas se deslizan
Las pacíficas horas de la infancia,
Viendo las ondas que las auras rizan,
Bebiendo de las flores la fragancia;

Y cómo muellemente
Bajo las sombras de frondosas ramas,
Miraba yo crecer indiferente
De mi magnífica niñez las llamas!

Qué mucho que gozaba
En las orillas de ruidosas fuentes,
Pues mi inocente edad se retrataba
En sus ligeras, límpida corrientes.

Cantar que nunca abruma
Me brindaban los pájaros cantores,
El prado hermoso su dosel de flores,
La linfa clara su cristal de espúma!

Dadme oh! Dios la ventura
Que acarició mi infancia esplendorosa;
Si he de llegar á senectud oscura,
Que no sea mi vejez tan enojosa!

LA MUJER DE LA RESIDENTA

I

Almas dispersas de una patria rota,
Sombras funéreas de una estirpe brava
Que vivís en la noche del olvido
Sin recuerdos, sin tumbas y sin lágrimas.

Para vosotras vibrará mi lira
Con la más pura gratitud del alma;
Para infundiros hálito de vida
El pensamiento batirá sus alas.

Y el negro velo al desgarrar potente
Con que la odiosa ingratitud os guarda
De mi harpa fuerte brotarán los cantos
Que al mundo enseñarán vuestras hazañas.

Trás larga noche de profundo olvido
Ha de lucir la claridad del alba
Que alumbrará con resplandor eterno
Vuestra historia con «sangre fecundada».

La triste historia de una raza altiva
En el torrente de su sangre ahogada
Al defender con heroísmo inmenso
La integridad de su adorada patria.

II

Mártires del deber y el infortunio
¡Oh! abnegadas mujeres paraguayas!
En el sepulcro de la patria rota
Vosotras sois las víctimas sagradas.

Vosotras sois la inocentes víctimas
En el turbión de la matanza ahogadas,
Por eso el día de la justicia eterna
De vosotras será toda la fama.

III

¿Quién es la mártir que ignorada duerme
En el sepulcro que sus restos guarda?
¡La que escribiera la epopeya heroica
De la pujante raza paraguaya!

La que llevara el corazón partido
Por la pena más honda y más amarga,
Cuando eclipsado su futuro viera
Después de aquella bárbara matanza.

La que débil y amante y valerosa
Acompañó al esposo en la batalla,
Y alzó sobre sus hombros descarnados
El esqueleto de su hermano en causa.

La que descalza, hambrienta y sin abrigos
—Imégen del dolor y la desgracia—
El patrio suelo recorriera á pie
En pos de la bandera de la patria.

La que hallara en ese éxodo terrible
Tumba á su cuerpo y paz para su alma...
¡La mujer paraguaya! esa que ocupa
En nuestra historia la más bella página.

Y hoy que ha llegado la justicia eterna
Sobre ella el lauro de la gloria caiga,
Porque en la tumba de la patria rota
Es la inocente víctima sagrada.

AMOR DE MADRE

De nuestro querido suelo
En apartado lugar,
Donde ser humano alguno
Apenas suele llegar:

Donde solo el ave oculta
En la arboleda sombría,
Deja escuchar sus gorgoros
Llenos de dulce armonía,

Cerca de un manso arroyuelo
Que entre piedras se desliza
Al pié de elevada loma,
Que verde yerba tapiza,

Se alza triste y solitaria
Fúnebre cruz de madera,
Protegida por la sombra
De frondosa y fresca higuera.

A ese lugar escondido
Cuando despierta la aurora,
Que arrebola el horizonte
Con su luz encantadora;

A esa tumba abandonada,
Cuando la tarde declina
Y el disco solar se oculta,
Tras la montaña vecina,

Se acerca con lento paso
Misteriosa criatura
De melancólica faz,
De virginal hermosura,

Pensativa, ensimismada,
Fija la vista en el suelo,
Llevando impreso en el rostro
El motivo de su duelo;

Y entre sus frágiles manos
Pálida como la cera,
Un ramillete de flores,
Recogido en la pradera.

Al llegar con ansia loca,
Puesta en la tumba de hinojos
Esparce en ellas sus flores,
Brotó el llanto de sus ojos.

Y tras un hondo gemido,
Tras un ¡ay! desgarrador,
Imprime en la losa fría,
Un beso lleno de amor.

Beso frenético, ardiente,
Que en la oquedad de la tumba
Como si alguien respondiera,
Tétrico y largo retumba.

Junta sus manos después,
Vuelve la vista hacia el cielo,
Eleva triste plegaria
Como impetrando consuelo.

Y la infeliz desgraciada
Se queda desfallecida
Víctima de cruel dolor
De la cruz al pié tendida

II

Luego despierta tranquila
Siente renacer la calma,
Es el consuelo divino
Que aquella madre del alma,

Que aquella madre á quien llora
Sin cesar de noche y día,
Doliéndose de su suerte,
De el cielo dó está le envía.

Y animosa se levanta,
Y por la verde pradera
Muy presto desaparece,
Cual fantástica quimera.

Adriano M. Aguiar

PATRIA HISTORIA

Al par de emanciparse del hispano,
Supo altivo sellar su independencia
Venciendo en Tacuarí la resistencia
De la hueste invasora de Belgrano.

Más luego, adormecida, de un tirano
Soportó la despótica violencia;
Fiero caudillo con fatal demencia
A un imposible lo lanzó inhumano.

Un lustro de combates mostró al mundo
Que es su lema «la muerte ó la victoria»
Del patriotis én el ardor fecundo.

Y perpetuando la virtud notoria
De su valor y heroismo sin segundo
Curupayty, es el nimbo de su gloria.

A MI MADRE

Guarda la flor en su corola tierna
El perfume que el cielo puso allí....
¡Todo el amor que te profeso oh madre!
Guarda tambien mi corazón así!

Sin ese grato, halagador perfume
¡Cuán pobre fuera la más bella flor!
¡Y cuán pobre tambien fuera mi vida
Sin el perfume de tu santo amor!....

FRAGMENTO

¡Asunción, la muy noble y muy ilustre,
La ciudad conuenera de las Indias,
Madre de la segunda Buenos Aires
Y cuna de la libertad de América!
Prolongación americana un tiempo
De las villas forales de Castilla,
En las que floreció la democracia
De que se enorgullece nuestro siglo,
En pleno absolutismo de Fernandos,
En tus calles libróse la primera
Batalla por la libertad; el grande
Y trunco movimiento conuenero
Te tuvo por teatro; el verbo libre
De Mompox anticipó la voz vibrante
Del cálido Moreno; el sol de Mayo
Salió por Antequera.
¡Arrodillaos, opresores todos!
¡Compatriotas, entonad el himno!

Desde el remoto fondo de la historia,
A las evocaciones de tu nombre,
Alzarse tus figuras culminantes
Para solemnizarte y bendecirte:
Allá don Juan de Ayolas
Pasa como un hidalgo aventurero
En busca de episodios singulares
En que reverdecer la nombradía.
Allá Irala, el nacido para el mando;
Alvar Núñez, Garay, don Juan de Vera
Y Aragón y Hermandarías y caciques.
Obispos, capitanes, jesuitas,
Y cuantos en tu suelo combatieron,
Con la espada, la flecha, ó con el dogma,
Por un guerrero fin ó por un místico
Anhelo de fraternidad humana.

Arómante también y te hermoscan
Los limeros, que son como gemelos
De los naranjos, con su verde pompa
Y con su flor al azahar análoga.
Como corre en los labios populares,
La lima es semejante en su dulzura
Y amargura final al agri-dulce
Y efímero placer de los sentidos.
La lima de saliente ombligo agrega

Curiosa nota al tropical paisaje,
Y, en el ambiguo nombre guaraníico,
Evoca tensas y vitales curvas.

El eminente cocotero yergue
Sobre la horizontalidad del agro,
Su ondulante penacho que á lo lejos,
Y en medio de las sombras del crepúsculo,
Se torna en vagas aspas de molino,
En soñolienta rotación de noria.
Con su aspecto de quitasol sombrío
Sugiere panoramas tropicales:
Horas de fuego, cristalinas aguas,
Fuertes amores y vivir bucólico
Como consciente de su altura y fuerza
Alzase inaccesible y solitario,
Dominando el contorno y la llanura
Con la quietud impávida del fuerte
Y dando frutos de oro su aislamiento
Que arroja al suelo en desgranar de cuentas.
Cuando platea su pompón la luna
Y con susurro leve se abanica,
Su vertical perfil, en la apacible
Y obscura idealidad de la distancia,
Destácase espectral y adquiere el tinte
De una monumental figura ascética

El pomposo timbó crece en tu suelo
Y su descomunal follaje extiende
Con una plenitud solar que estalla
Hasta en su larga y sólida raigambre
Surgente á flor de tierra, como estría
De gigantescos y nudosos músculos.
En las oscuras grietas de su tronco
Moran las lagartijas que, avizoras,
Asoman la cabeza palpitante
Y siguen luego su rastrero curso,
En la cálida siesta en que el lagarto
Busca la miel silvestre, cauteloso,
En la espesura del cercano bosque.
Bajo su sombra patriarcal reposan
De los ardores del resol candente,
Todos los animales del contorno.
Y en su dura y senil corteza graban
Iniciales eternas los amantes
El bello samuhú con él compite
En grandeza exterior y fortaleza
Interna. Su redondo tronco arraiga
Con tal fuerza tranquila en los recónditos
Senos del suelo, que parece fuera
Erizada columna incommovible
De la Naturaleza misma. Blanca

Y útil seda regalan sus capullos,
Pues á pesar de sus externas púas,
Tales capullos da, como pudiera
Hacerlo un desmedrado algodónero
O un ínfimo gusano. De sus múltiples
Cortezas sacan fibras resistentes
Con que se tejen perdurables cabos,
Y así en la selva se levanta como
Una amorosa y tórrida eminencia.

La abeja solidaria y laboriosa,
Apenas resplandece la mañana,
Reanuda su melífico trabajo
En tus florales fábricas cubiertas
De temblorosas gotas de rocío,
Con maquinal asiduidad de alada
E infatigable grisetilla. Vuela
Sugiriendo futuros colmenares
De comunismo idílico geométrico,
Repúblicas platónicas y patrias
Universales. De altruismo dice
Su labor trascendente cuyo premio
Recogerán abejas ulteriores.
Y, en competencia con la leve araña
Que extiende su tejido entre los claros
De las frondas, en el vecino tronco
Su panal redondea, imperceptible,
Como quien redondea algún soneto.
Flores también á los gentiles niños
En cuyos labios suena el himno patrio
Con la pureza immaculada y nítida
De un susurrante vuelo de palomas,
Y en cuyos ojos resplandece, trémulo,
El incendio remoto de las albas.
Sean cuidados con el noble ahinco
Que requieren los brotes y los gérmenes
Pueblen sus tiernas mentes los maestros
De crisálidas bellas y fecundas.
Adquieran fortaleza y gallardía
En la viril acción de la gimnasia
Visiten los sepulcros de los héroes
Y cúbralo de flores y coronas
Y entonen cantos con loor eterno
Del creciente esplendor de la República

Maldita sea la implacable guerra,
Maldita la ambición que la provoca,
Maldito el odio torvo que la enciende,
Maldito el furor negro que la atiza.
Contra los que la muevan ó propicien,
Sea anatema eterno. Nunca vuelva
A ensangrentar el suelo donde duermen

Inmortalmente nuestros padres todos
En un hacimiento de árduas rocas
Y una devastación de cataclismo.
Paz, como reza el nacional escudo,
A fin de que á su sombra bienhechora
Resuenen las sirenas de las fábricas,
Trabajen sin descanso los talleres,
Manche la pura claridad del día
El humo de las negras chimeneas,
Partan y lleguen en trañín pacífico
Los vapores cargados de productos,
Lleve el progreso hasta el confin remoto
La fecunda y febril locomotora,
Y florezcan las artes, las industrias,
Las labores, los campos y las mieses.
Cesen las convulsiones intestinas
Que malogran las savias nacionales,
Dividen las familias y restringen
El crédito exterior de la República.
En contiendas legales y pacíficas,
Sosteniendo principios, no personas
Disputen los partidos el gobierno
Y luchen con tesón los ciudadanos.

En los antiguos teatros de la guerra,
Levántense en contraste sugestivo
Monumentos de paz y de concordia.
Corran ríos de líquida abundancia.
En los cauces por donde circularon
Corrientes de heroísmo tinto en sangre.
Visítense la ruinas de la iglesia
De Humaitá, la inmortal y grande villa,
En solemne y viril recogimiento,
Y al mismo tiempo que la mente evoque
Episodios de homérica grandeza,
Condene la razón la guerra inícuca,
Y proclame la paz como el estado
Superior de los hombres y los pueblos.
Haya también justicia, como impone
La elevada palabra del escudo.
Practíquenla en sus actos y medidas
Los gobernantes que no tienen otra
Misión que la observancia y cumplimiento
De los imperativos categóricos
De la justicia. A sus dictados ciñan
Los jueces sus fallos y procuren
Poner más bien en libertad á un hombre
Delincuente, que cometer errores.
Aspiren todos á tener la grande
Y encumbrada pasión de la justicia,
Como el amor fanática, profunda
Como el odio y tenaz como los celos.

Placemos el bien con el bien, como en muy justo,
Pero el mal, con el bien de la justicia,
Amigos todo conquiro y no conquiro
En contra de mi luz deslumbradora,
Tarde o temprano reapareceré siempre
En todo el esplendor de mi belleza,
Nada hay más fuerte, poderoso y grande
Que un ley trascendente que no cumple
Con la fatalidad de los desgraciados
Inexpugnables. Amada, pura, bella
Y edosa de amplexo con sus grandes mamas,
Bastada en el "Cópula justa"
Y probada con letras encendidas
En la profundidad de la conciencia,
Bilenciosa ciudad cercada toda
De raras escarpadas y eminentes.

Bonita y respetada sea siempre
La libertad, el don más elevado
Después del don supremo de la vida,
Bella posada el movimiento todo
De la nación en marcha hacia los bellos
Destinos que la historia le reserva.
A su amparo la prensa exteriorice
La opinión popular, las intenciones
Legítimas y sanas, los reclamos
De las masas, las urbes y las villas,
Y circule espontáneo el pensamiento
De los hombres de todas las creencias,
Vibren las voces líricas y puras
Y edosen las voluntades entusiastas,
La pena del patíbulo ó de la bomba
Contra el que intente cercenar el goce
De la sagrada libertad ó quiera
Resucitar un lóbrego pasado,
Sea execrada la memoria infame
De todos los tiranos y opresores,
Y bendecida siempre la memoria
De los infortunados Camineros,
Un bello monumento perpetuo
Aquel sobecbia y trágico episodio,
La joven democracia paraguaya
Aspire á ser indefinida serie
De libertades que se mueva dentro
De otro núcleo social de libertades,
Y á su sombra, tan grata cual la sombra
De un mirajal en flor, marche al futuro

Sea alabado el liberal espíritu
De la Constitución, hermoso templo
Elevado á la gloria de los hombres,
Como un gran modelo, representa

La más bella y más sólida conquista
Del pensamiento nuevo. Su preámbulo
Dictado para el orbe invita y llama
A todos los hermanos del planeta
A compartir los santos beneficios
De la existencia libre y laboriosa.
Observen todos sus preceptos sabios
Inspirados en nobles pensamientos
De universal fraternidad futura.
Todas las garantías que consagra
Y todos los deberes que estatuye,
Sean fielmente y sin temor cumplidos.
Refórmense de acuerdo con las épocas
Sus arcaicos artículos, y siempre
Refleje el pensamiento dominante
O la tendencia general del siglo.
Sea un hecho de plomo, sin perjuicio
De ser inestable cámara de cera.
Nada hay eterno bajo el sol, ni nadie
Es infalible bajo el móvil brillo
De las constelaciones del zodiaco.
En ella busquen fuentes de justicia
Los poderes que cumplen sus funciones
En virtud de mandatos populares.
Y sea, en fin, la pauta que gobierne
Y oriente las civiles energías,
Para que llegue á ser un cuerpo anímico
Y una triunfante realidad orgánica.

Cantado sea con unción el Himno,
Cuyas rudas y bélicas estrofas
Parece que galopan como potros
Con la desordenada crin al viento,
Y cuyo coro recio y lapidario.
Pide como un supremo bien la muerte,
Si no existiere libertad ni gloria
O desapareciese la República
Principia con la vez definitiva
Del que rompe de pronto grandes lazos,
Con el rotundo «¡basta!» que separa
Y cambia totalmente los destinos.
Y luego, poco á poco, va creciendo
El sagrado clamor de sus estrofas,
Entre gritos de muerte y de bravura,
Apóstrofe sangriento á los tiranos,
Ecos triunfales, relucir de acero,
Rodillas que se doblan y saludos,
Y concluye en un vítor á los libres
Y en laurel inmortal para la patria.
Versos pueriles balbucientes, toscos,
Tienen con todo la grandeza enorme
De un pródigo verbal que repercute

Con acendrado són en nuestras almas,
Al oído, un caudal de honda ternura
Hace temblar la voz y el cuerpo todo
Se estremece cual arco tenso listo
A disparar al reto una saeta;
Llénase el alma repentinamente
De la viril sublimidad del Canto
Y vive por un rato la existencia
De las generaciones extinguidas
En aquellos instantes sempiternos
Se quería morir mil y una veces
En defensa de un palmo de la tierra
Por la cual nuestros mártires lucharon.
Toda la historia nacional entonces
Desfila ante la vista raudamente,
Por soberana gracia de las notas
Que por primera vez balbuceáramos
En el alegre patio de la escuela.
Un 14 de Mayo inolvidable.
Y surge la visión del suelo hermoso
Donde nacimos y corrieron breves
Las deliciosas horas de la infancia
Y las escenas del amor primero
Y donde duermen nuestros buenos padres
En el profundo seno de la nada.
Entónenlo los niños, las mujeres
Los hombres, los ancianos y los jóvenes,
Con la voz conmovida y la mirada
Fija en los esplendores del futuro.
Fórmenle coro natural los ríos,
Las cascadas, las aves y las selvas.
Pregónenlo las melodiosas arpas
Y las sonantes bandas de las tropas.
Y toda la nación, como un gigante
Instrumento de cuerdas infinitas,
Eleve el Himno con clamor potente
En la epónima fiesta centenaria.

Cantos á la bandera en cuyo pliegues
El alma nacional, trémula, ondea,
Entre el rojo de históricos combates,
El blanco de las tiernas margaritas
Y el azul de las aguas y los sueños.
Revista simbolismo trascendente
Cada color de la gentil enseña.
Colórense de rojo las pupilas
En las luchas por causas elevadas;
Colórense de blanco los espíritus,
Las conciencias, las frentes y las manos,
Y tiñanse de azul, de azul estético,
De azul idealidad y de quimera,
Todas las mentes nuevas y armoniosas.

Tremole el pabellón en todas partes
En medio del ondeo jubiloso
De las demás banderas de los pueblos
Caros á nuestra sangre ó nuestras almas,
Brille la estrella tutelar como brillo
De magnitud astral, y salga siempre
Antes que el sol como un heraldo nuevo
De luceros, de auroras y de días.

Como el poeta errante de la Hélade
Que recitaba el prodigioso verso
Del padre Melesigenes el Único,
Me vestiré de azul y de armonía
Para entonar mis votos augurales
Por la prosperidad de la República,
Que sea grande, poderosa y rica;
Que sea el paraiso del planeta;
Que cante eternamente la cigarra
Oculta entre las ramas de sus árboles;
Que el naranjo florezca eternamente
En su privilegiado y fértil suelo
Que por sus ciencias, artes y cultura,
Influya en la ascensión mental del mundo;
Que aparezca en su seno el superhombre
O el semidios humano que se espera;
Que nazcan nuevas albas en su oriente
Y surjan nuevos astros en su cielo;
Que los libres del orbe la saluden
Como una patria suya y como asilo;
Que las grandes ideas repercutan,
Como en su medio natural, en ella;
Que sea la celosa defensora
Del derecho, la paz el arbitraje,
La razón, la concordia y la justicia,
Dentro del equilibrio americano
Que se prolongue en su solar ambiente
El resplandor de la latina llama,
Y qué, cuando los hados decretaren,
Después de su esplendor, su decadencia,
La humanidad, estremecida exclame:
¡Una esbelta columna se ha tronchado!

OCASO Y AURORA

Monólogo

Época: Poco tiempo después de la guerra con la Triple Alianza.
Persona: Una Paraguaya

Era la tarde. . . . La densa sombra sus alas tendía de gigante cuervo. El día sollozaba con la inmensa tristeza de su agonía.

Mortaja resplandeciente en que iba á hundirse su frente, tintos en morada lumbre, crespones del Occidente se ataban de cumbre en cumbre.

Como deshecha mesnada prófuga y ensangrentada, por los senderos agrestes de la sierra iban las huestes de la Patria destrozada,

que esculpieron en la Historia venciendo sin par laceria hechos de eterna memoria; en su redor la miseria formaba nimbos de gloria.

Lleno de horror del combate, aún enloquecido late mi pecho de *residenta*; (1) aún el recuerdo me abate de aquella caza cruenta.

Por las bastas extensiones, de Pirayú en el perfil, tras de sus verdes pendones se agitaban las legiones del imperio del Brasil.

(1) So llamaban las «residentas» las mujeres confinadas á diferentes puntos en el gran éxodo ordenado por López, cuando dispuso el abandono de la Capital.

Una huella tras de sí
fueron dejando hasta allí
de sangre y de tumbas. ¡Ah,
qué lejos estaba ya
el sol de Curupaity!

Y aún con aliento, altanera,
por la escarpada ladera,
trasponiendo los breñales
y recios caraguatales
de la abrupta cordillera,—

iba la hueste patriota
en inefable delirio
tras de su bandera rota
á beber la última gota
del cáliz de su martirio.

¡Triste instante que el olvido
jamás aleja de mí,
el del ocaso encendido
en que á mi hermano querido
el postrer abrazo dí!

Baldado estaba: ilusoria
su imagen en mi memoria
se dibuja: con un rayo
le hirió la hoguera de gloria
del Veinticuatro de Mayo (1)

Quise en vano detenerle,
supliqué, quise esconderle,
¡alma á la Patria rendida,
aún le faltaba ofrecerle
el postrer soplo de vida!

Altivo, rompió los lazos
que á mi cuello sus abrazos
estrecharon, y anhelante,
se desprendió de mis brazos.

¡Marchó! . . . Por la senda escueta
que ni una flor engalana
se fué perdiendo la grana
viva de su camiseta (2)
en la penumbra lejana.

(1) Día en que se libró una de las más sangrientas batallas.

(2) Los soldados paraguayos usaban camiseta de bayeta roja.

¡Tétrica tarde! La densa
sombra sus alas tendía
de gigante cuervo... El día
sollozaba con la inmensa
tristeza de su agonía.

Y mi plegara, transida,
cruzó la inmensa techumbre
tinta de morada lumbre,
blanca paloma perdida
volando de cumbre en cumbre:—

¡Piedad, Señor! Tu siervo,
pobre despojo humano,
á hundirse vá en la sombra
de arcana eternidad:
¡la sombra de las sombras!
No volverá mi hermano.
Acógele en tu seno:
¡piedad, Señor, piedad!

La hubiste de tu pueblo
que en dura servidumbre
la tierra del pecado
á mares llorar vió:
así á mi pobre Patria
tu compasión alumbre,
colmada tu justicia:
¡piedad, piedad. Señor!

¿Qué inmensa culpa expía?
¿Qué misterioso karma
la empuja al sacrificio?
¿Que oscura iniquidad?
Torna, mi Dios, los ojos
y tu furor desarma,
apláquese tu ira:
¡piedad! Señor, piedad!

Piedad para el enorme
ejército inhumano
que de mi patria hermosa
la vida aniquiló.
Piedad para el caído,
piedad para el tirano
que en inocente sangre
las manos se empapó.

El orbe entero cubre
tu gran misericordia,
indefectible, á todos
escuda tu bondad.

Depón el ceño adusto
y acabe la discordia
¡Piedad para la Patria,
piedad, Señor, piedad!

Depón el ceño y mira
exánime, maltrecho,
un pueblo vigoroso
que tu hálito creó:
rañada las entrañas,
dilacerado el pecho:
arpon envencenado
su corazón hirió.

El pecho más nefando,
la mano más proterva,
perdón hallaron siempre
y amparo en tu bondad.
¡Piedad para la Patria!
(cae arrodillada)
¡Piedad para tu sierva!
¡Piedad para los huérfanos!
¡Piedad, Señor, piedad!

.....
(de pie, continúa)

Pálida luz de topacio
se cieme por los crespones
de lóbregos nubarrones
que bogan por el espacio
desgarrados en girones.

¡Noche de la adversidad!.....
Pasó por fin... y clarea
la aurora en la inmensidad:
¡qué tristemente alborea
después de la tempestad!

Desata lánguida el broche
la aurora sobre un abismo
de penas... Pasó la noche,
pasó el bárbaro derroche
de vidas y de heroísmo.

Y á la escasa claridad
del alba el pecho se alegra,—
con indecible ansiedad
porque de noche tan negra
surja un sol de libertad.

¡Lo merece el pueblo fuerte
que en holocausto á su suerte

dió su sangre gota á gota,
gallardo hasta en la derrota
y abnegado hasta la muerte!

¡Y surgirá! Ya incisiva
su luz del Oriente arranca
y en el espacio se aviva
resplandeciendo en la blanca
frente de la Patria altiva.

Entre la ruina humeante,
despojo del pueblo bravo,
la vida estalla, pujante:
abren el cáliz fragante
blancos jazmines del Cabo;

todo palpita; frementes
se desatan los torrentes,
la sangre enciende el calor;
pide la tierra simientes
y el corazón pide amor.

A la luz del nuevo día
se colmarán, Patria mía,
de albas flores tus laureles,
de opulencia tus verjeles,
tus hogares de alegría.

Si por tu gloria, la grama
de tu sangre diste ufana,
altiva hasta perecer,
será el pueblo de mañana
digno del pueblo de ayer.

Si tras negros padeceres,
sólo ya de tantos seres
amados quedan los nombres,
pues fueron héroes tus hombres,
seremos Dios tus mujeres!

No serán ¡Oh Patria augusta!
la ruda labor adusta
ni débiles nuestros hombros
para rehacerte robusta
de tus sagrados escombros.

Yo haré un hogar! La dulzura
que de mi pecho se explaya
arrullará su ventura

con la infinita ternura
de mi alma de paraguaya.

.....

De sus cortinas de grana
forma la aurora una ojiva:
guirnalda airosa engalana
la frente de la mañana:
¡Salve, Madre rediviva!

LA OLA

Soy tu retrato; tu triste vida
llena de azares copia mi ser,
mas tal la copia embellecida
que no la aciertas á conocer.

Entre los guijos de un arroyuelo,
bajo tupidas frondas nací;
la flor su gualda, su pompa al cielo,
su verde el bosque miran en mí.

Dejé cantando mi cuna ignota
y al ancho río pude llegar;
de su conuento soy una nota
que tú no alcanzas á modular.

Tras la soberbia, móvil balumba
del mar inmenso voy á morir,
y á tí...te espera sórdida tumba
tras las miserias de tu existir.

Así cantando pasó la ola;
el eco vago solloza en pos...
Pasó cantando: la playa sola
su voz repite como un adios!

LA HORA DE LAS LÁGRIMAS

Su claro azul el cielo torna sombrío,
temblorosas las flores pliegan el broche,
sus lágrimas primeras vierte el rocío.....
Del perfumado seno del bosque umbrío
tenebrosa y silente nace la noche.

El tordo soñoliento cesó su canto,
allegóse al alero la golondrina;
van enlutando el mundo las sombras tanto
y es tan siniestro y tétrico su inmenso manto
que su tristeza al alma se contamina

Al beso de la brisa sollozadora,
rutilan las tremantes líquidas perlas
que al caer, taciturna, la noche llora.
¡Lágrimas! ¡Cuántas ruedan en esta hora!
¿Quién es el que no tiene por qué verterlas!



SALVE, PATRIA! (1)

Salve, gentil, encantadora tierra,
Salve, patria querida,
más dulce al corazón y más amada
cuanto más abatida!

¿Porque agotados he de ver tus senos,
marchitos tus pezones,
fuentes de vida rozagantes hechas
á amamantar leones!

Sol de trópico enciende tu horizonte
y pinta tus palmaras
y viste de crespón multicoloro
tus bosques seculares;

Sol de trópico besa fulgurante
tus llanos, tus alcores,
y estallan á su beso tus entrañas
en explosión de flores;

Sol de trópico besa tus vergeles,
y á su lumbre encendida,
no hay simiente en tu seno que no estalle
en explosión de vida:

Sol de trópico enciende tus vergeles
y á sus tibios raudales,
son amor los perfumes de las flores
y los besos, panales;

¿Porque agotados he de ver tus senos,
marchitos tus pezones,
fuente de vida rozagantes hechas
á amamantar leones!

¿Porque he de ver una encendida lágrima
temblar en tus pestañas
si no hay oculto un cáncer en tu pecho
que muerda tus entrañas?

Es que tu tierra primorosa y fértil,
que tu tierra opulenta,
¡harta está de la sangre de tus hijos
y del sudor sedienta!

¡Ah, si me fuera dado de tu frente
disipar las angustias,
en un beso libar todas las lágrimas
de tus mejillas mustis!

(1) En un 14 de Mayo, aniversario de la revolución emancipadora

Yo veré convertido en paraíso
tu jardín hoy agreste
y veré recamada de guirnaldas
la fimbria de tu veste.

Yo veré levantarse majestuosa
tu frente hoy abatida,
y tu querido pecho desbordarse
en explosión de vida,

Han de besar mis labios cariñosos
tu planta triunfadora
en la senda florida del progreso:
¡no hay noche sin aurora!

Hoy sólo rompe en mi garganta el grito:
¡salve, Patria querida,
más dulce al corazón y más amada
cuanto más abatida!

JOSÉ DE LA CRUZ AYALA

En el arpa sublime de la Historia,
Los ecos plañideros del calvario
Son el himno inmortal y legendario
Que le canta al vencido su victoria

Profética sibila de la gloria,
Al cívico patriota lejonario,
Del martirio al redoble funerario,
Le deifica inmortal en su pretoria.

Vedle de luz su frente iluminada
Al través de la losa que le abate,
Meditar la labor de su jornada;

Magnetizar la inspiración del vate,
Templar las almas á la suya airada
Y elevarse en egída del combate.

HUMAITA

Al Sr. Arsenio López Decoud

Destruída la temible fortaleza,
Réstale, al fin, como última cortina
Al huracán, ya inútil que se obstina,
La noble iglesia que á volcar empieza.

Deshecho el vientre, arrastra, se endereza,
Y al estampido hiriente que la inclina,
La heroica combatiente, más se empina,
Bañada en roja lumbre la cabeza.

Así quedó... y el ademán grandioso,
Sobre la selva lóbrega, infinita,
Su inmensa gloria en sombras deposita.

Último gesto, enorme y doloroso...
Mudo y eterno agonizar glorioso...
Hé allí, en la piedra, la leyenda escrita!

II

La enhiesta ruina, cual laurel, ostenta
Obscura rama en la alta sién clavada,
—Débil naranjo, que mejor que nada,
Del largo batallar las furias cuenta.

Sobre la informe torre se sustenta,
En la cornisa por el hierro arada;
Y á su sombra, se yergue, coronada,
La raza fuerte que luchó el setenta.

...Que su silencio espanta!—y sólo quiere
El que ascendió con ella himno temible
De silencio mortal é inextinguible.

¡Que tu silencio en tu desierto impere!
Escrito está sobre Humaitá invencible,
Bajo el naranjo: un pueblo heroico muere.

HUMAITÁ

A Daniel Giménez Espinosa

Desde la nave que de tí me aleja,
envíote un adiós, heróico suelo,
cuyas grandezas contempló ese cielo
que es hoy azul porque tu paz refleja.

Mi paraguayo corazón su queja,
lanza al viento, Humaitá, con desconsuelo
al recordar la época de duelo
que á la viril Esparta te asemeja.

¡Salve, Humaitá! De tu imponente ruina,
con el tiempo, quizá no quede nada
que eternice tu hazaña peregrina;

Pero tu fama en nuestra patria historia
eternamente quedará grabada
cual luminosa página de gloria.....

AL PARAGUAY

Si tu recuerdo evoco, patria amada,
Con la nota del alma más ardiente,
Poniendo en tu corona bronceada
Humilde rama de laurel luciente;

Es que bulle en mis venas un torrente
De patrio amor, que lleva entusiasmada
Mi fantasía, hasta besar tu frente,
Esa frente viril y venerada!

Si en titánica lucha adormecida
Caíste envuelta en un girón de gloria,
No quedará tu fama obscurecida:

Brillarán tus proezas en la Historia,
Y del progreso la encendida tea
Te arrastrará á las luchas de la idea.

Ricardo Marrero Marengo

CURUPAYTY

Despertaba la aurora. En las guerreras
huestes sonó el clarín el aire hiriendo
y en el espacio retumbó el estruendo
de rudo batallar. Legiones fieras,

estrellándose al pié de las trincheras,
al tronar del cañon cayendo,
mientras flotaban del volcán tremendo
sobre el cráter las bélicas banderas.

Al declinar el sol, con la victoria
por esfuerzo espartánico lograda,
surgió Curupayty para la historia;

del Héroe genial de la jornada
y escalaron las cumbres de la gloria
la patria, el nombre, el corazón, la espada.

A PEDRO JUAN CABALLERO

De entusiasmo palpita mi memoria,
Divisando en mi humilde fantasía
Tu imagen relucir, en este día,
Con los destellos de la patria gloria.

Siendo el primero en sacudir la escoria
Do en vil sopor la libertad dormía,
Conquistaste en la muerte edad impía
La verde palma de inmortal historia.

Grande, altivo, muriendo no humillado
A la inícuca soberbia de un tirano
En negra cárcel de gracil abismo,

Dejabas para siempre señalado,
De ansiada libertad albor lozano,
Ejemplo de indomable patriotismo!

LIBER

LIBERTAD

- En los dinteles del recinto eterno
Brilló una luz de irradiación vibrante,
Y á su fulgor apareció el semblante
De un serafín de fúlgido mirar;

Y el serafín habló con voz de trueno,
Voz que encerraba un ideal fecundo,
E hizo temblar en su cimiento el mundo
Al pronunciar tan sólo «¡Libertad!»

El orbe sideral estremecido
Repite «¡libertad!» con ronco acento,
Y «¡libertad!» gime también el viento,
alto monte y el rugir del mar.

II

América dormida en el regazo
De España, madre que meció su cuna,
Sueña que clama «¡libertad!» la luna,
Perlas y plata al ostentar su faz,

Y se despierta. Y al levantar la frente
Coronada de rosas y azahares,
Clamaban «¡libertad!» los grandes mares,
El Amazonas, Plata y el Paraná;

Y las nevadas crestas de los Andes,
Las misteriosas voces del desierto,
Las avecillas, el jazmín del huerto,
Y de la fuente el rítmico cantar.

La joven hija de Colón escucha
La voz potente que en redor resuena,
De pié se pone y en su faz morena
Se pinta extraña, excelsa seriedad.

III

Iberia, augusta, de dos mundos madre,
Que sola, ha escrito, con pincel de gloria,
Las páginas más bellas de la Historia,
Y que escaló el Olimpo, cual Titán,

INDICE

Página

Natalicio Talavera:

Himno 5

Ignacio A. Pane:

Á la Patria 6

La Mujer Paraguaya (Fragmento) 7

El Héroe Completo 9

Si Vis Pacem Para Bellum 10

El Héroe de Curupayty 11

Marcelino Pérez Martínez:

El Urutaú 13

El Maestro 17

Canto á la Escuela (Fragmento) 19

Á los Próceres de la Independencia 24

Al Patriota suicida, Pedro Juan Caballero 27

El Regazo de Mamá 31

que Parodi:

Patria 21

celino M. Martínez:

Cerro Corá 30

uel Riquelme:

Adios 33

Giménez Espinosa:

ombra 37

infancia 37

residenta 38

cio R. Moreno:

Neblinas 36

Luis Abente Haedo:

Amor de Madre 40

	<i>Página</i>
Adriano M. Aguiar:	
Patria Historia	42
Liberato M. Rojas	
Á mi Madre	43
Eloy Fariña Núñez	
Canto Secular (Fragmento)	44
Alejandro Guanes:	
Ocaso y Aurora	52
La Ola	58
La hora de las lágrimas	59
Salve, Patria	60
Francisco L. Bareiro:	
José de la Cruz Ayala	62
Humaitá	63
Ricardo Marrero Marengo:	
Humaitá	63
Al Paraguay	65
Curupayty	66
Angel I. González:	
Á Pedro Juan Caballero	67
Gamarra:	
Libertad y Progreso	68
Curupayty	74
San E. O'Leary:	
Ita-Ybaté	
Felicio Talavera	

